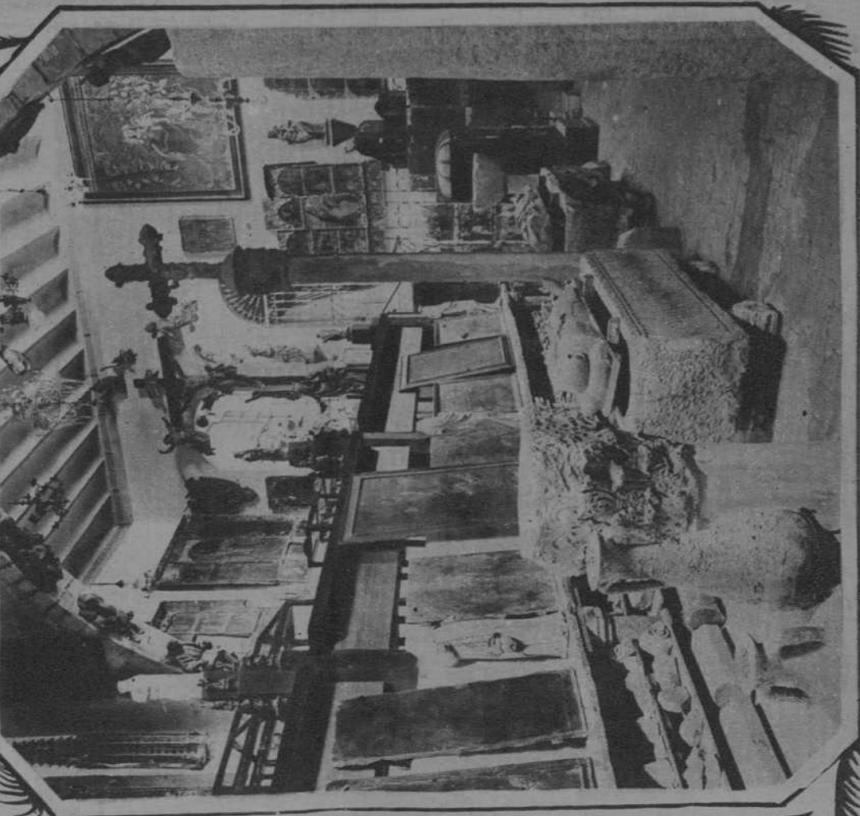
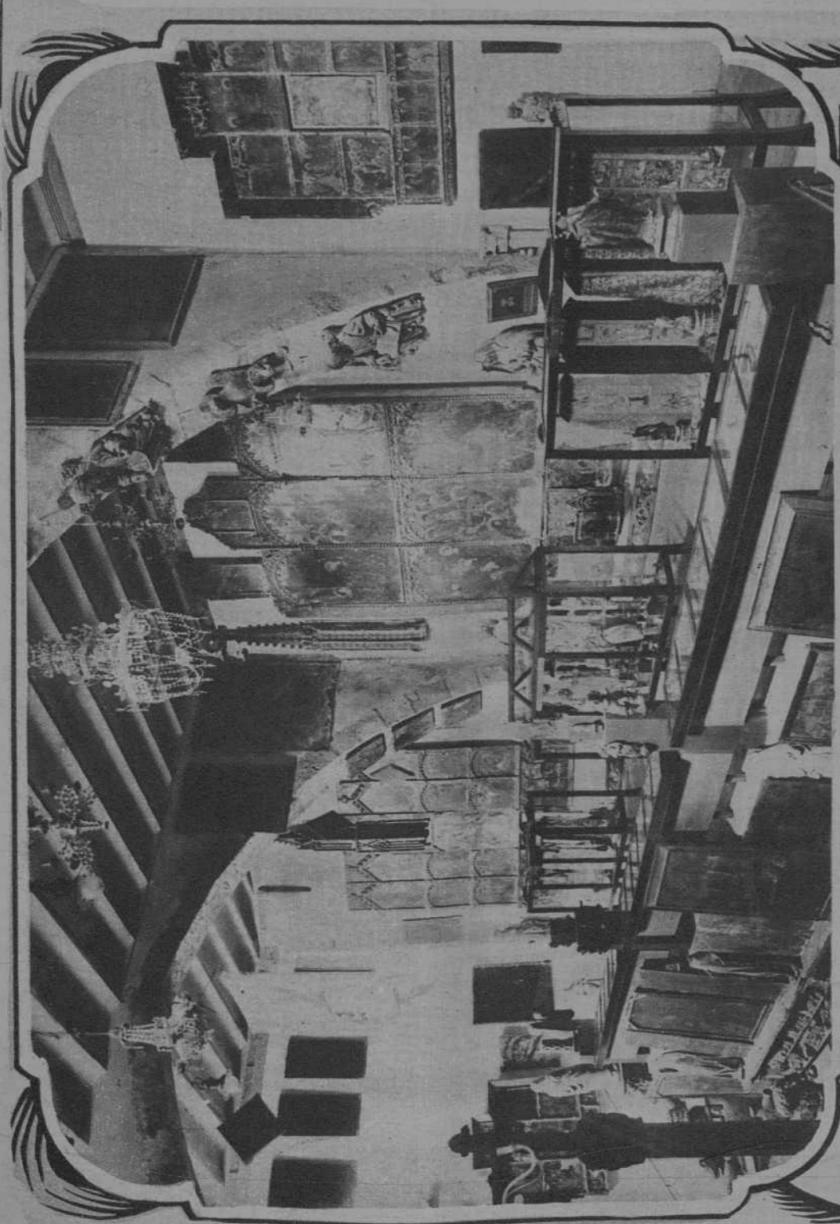




Cuadro de Romero de Torres, hecho por encargo del Ayuntamiento y Cabildo Catedral, de Córdoba, para ser colocado en la hornacina de la Virgen de los Faroles, destruida por un incendio. (Fot. Santos)



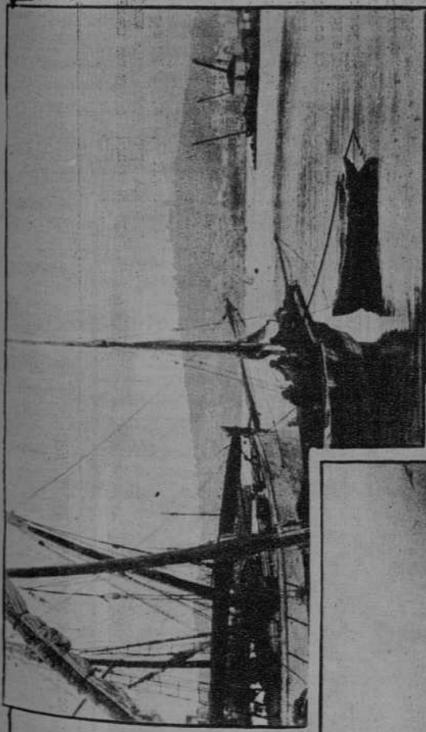
Vista parcial de la sala de los retablos

EL MUSEO DIOCESANO DE TARRAGONA, FUNDADO POR EL LIORADO DOCTOR LOPEZ PELAEZ

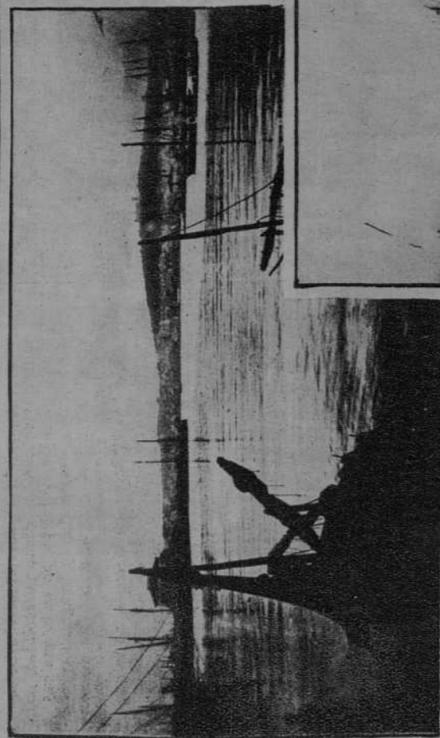
La sala romana (Fots. Vallbé)

LAS BELLEZAS INCOMPARABLES DEL PUERTO DE PALMA DE MALLORCA

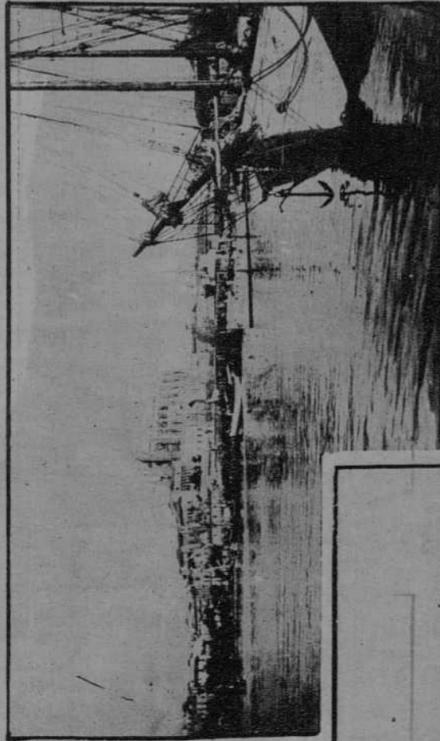
(Fots. N. C. P.)



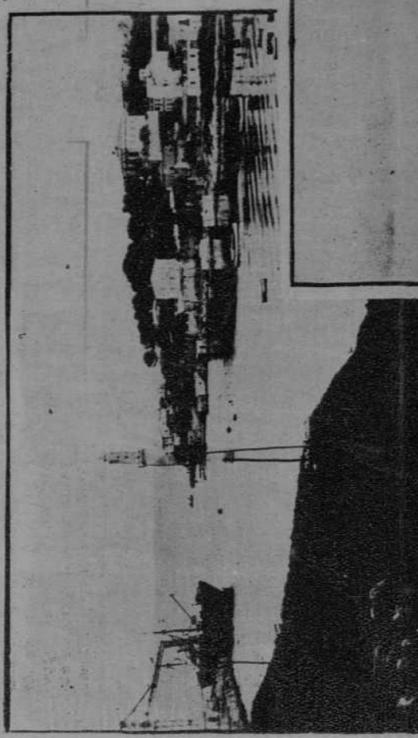
El puerto



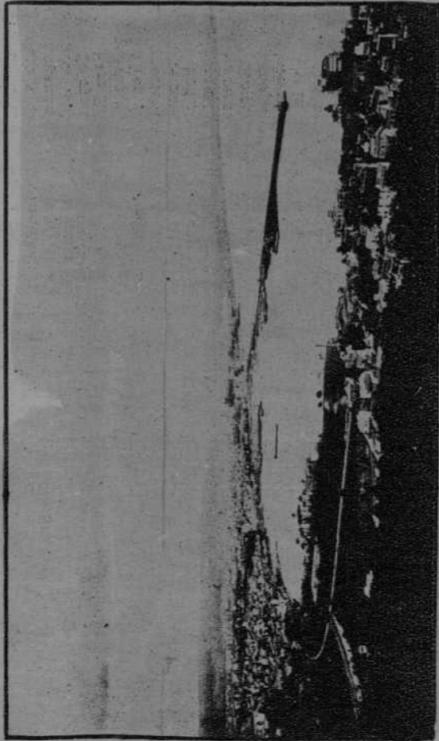
El puerto



Vista desde el puerto

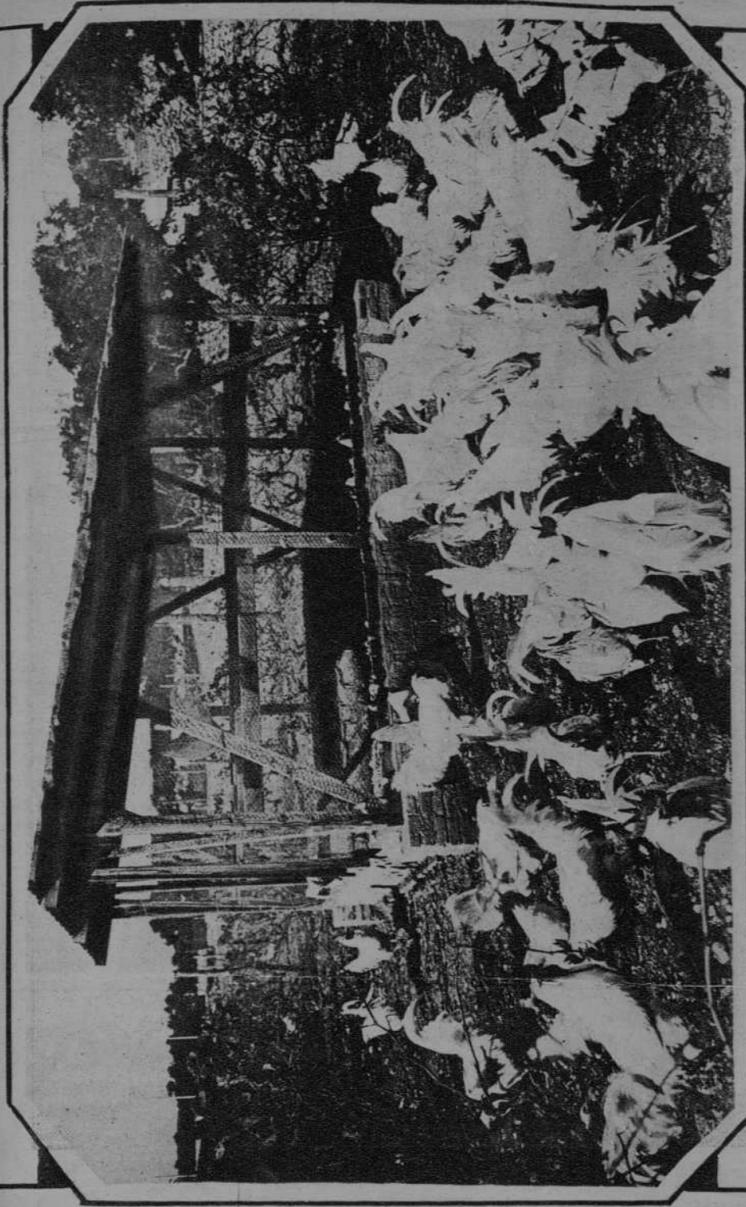


Porto Pi

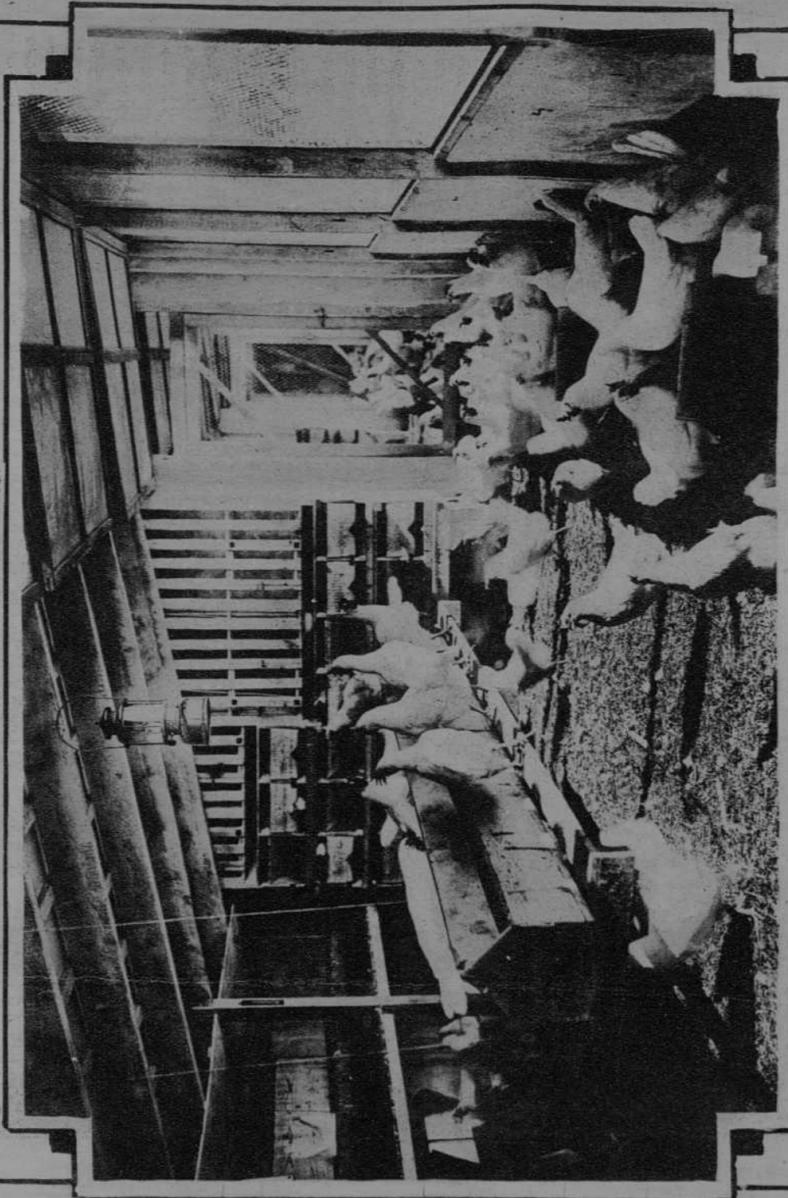


Vista del puerto

LA INDUSTRIA AVICOLA, ESCAPANDO DE LA MODESTA ESPERA DOMESTICA SE HA CONVERTIDO, EN CATALUNA, EN UNA POSITIVA FUENTE DE RIQUEZA. REPRODUCIMOS DOS ASPECTOS DE UNA EXPLOTACION EN TORREDEMBARRA



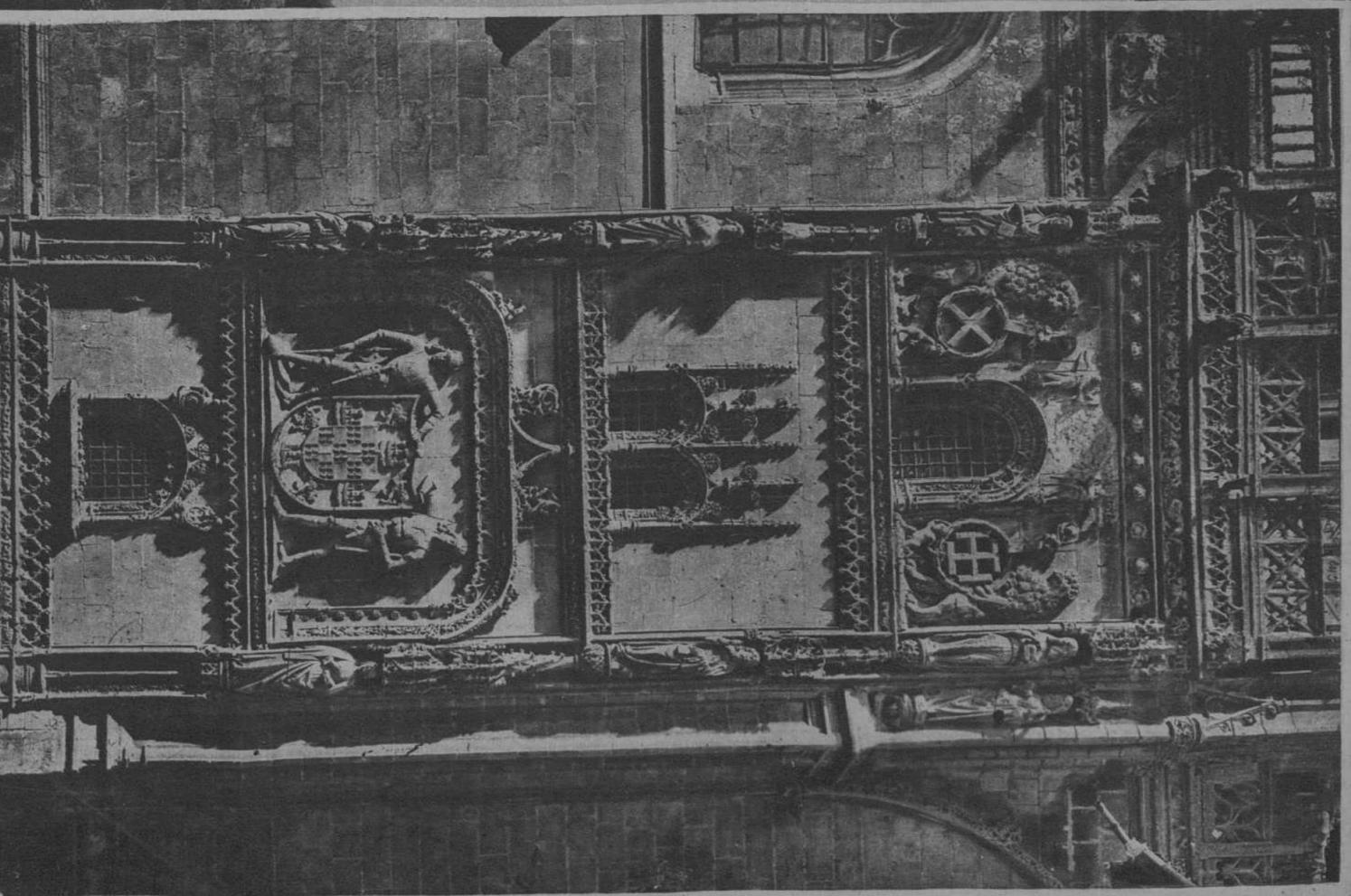
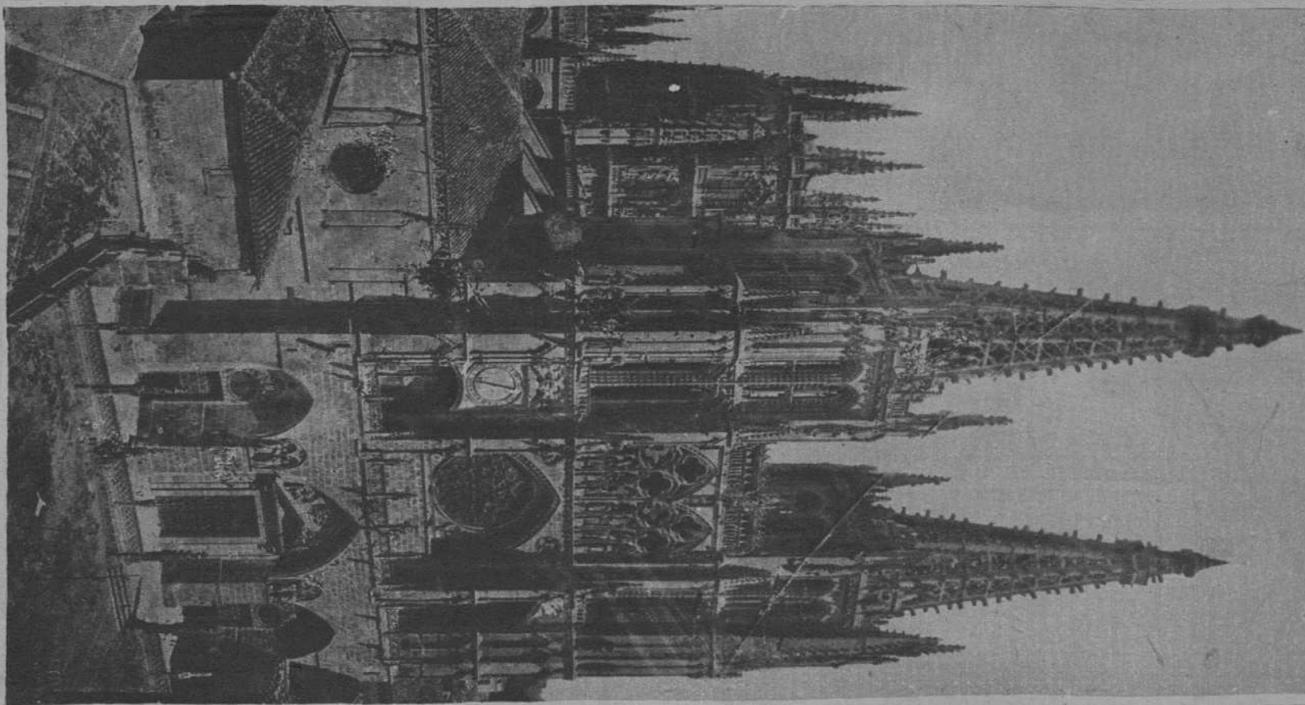
Las aves tomando el sol



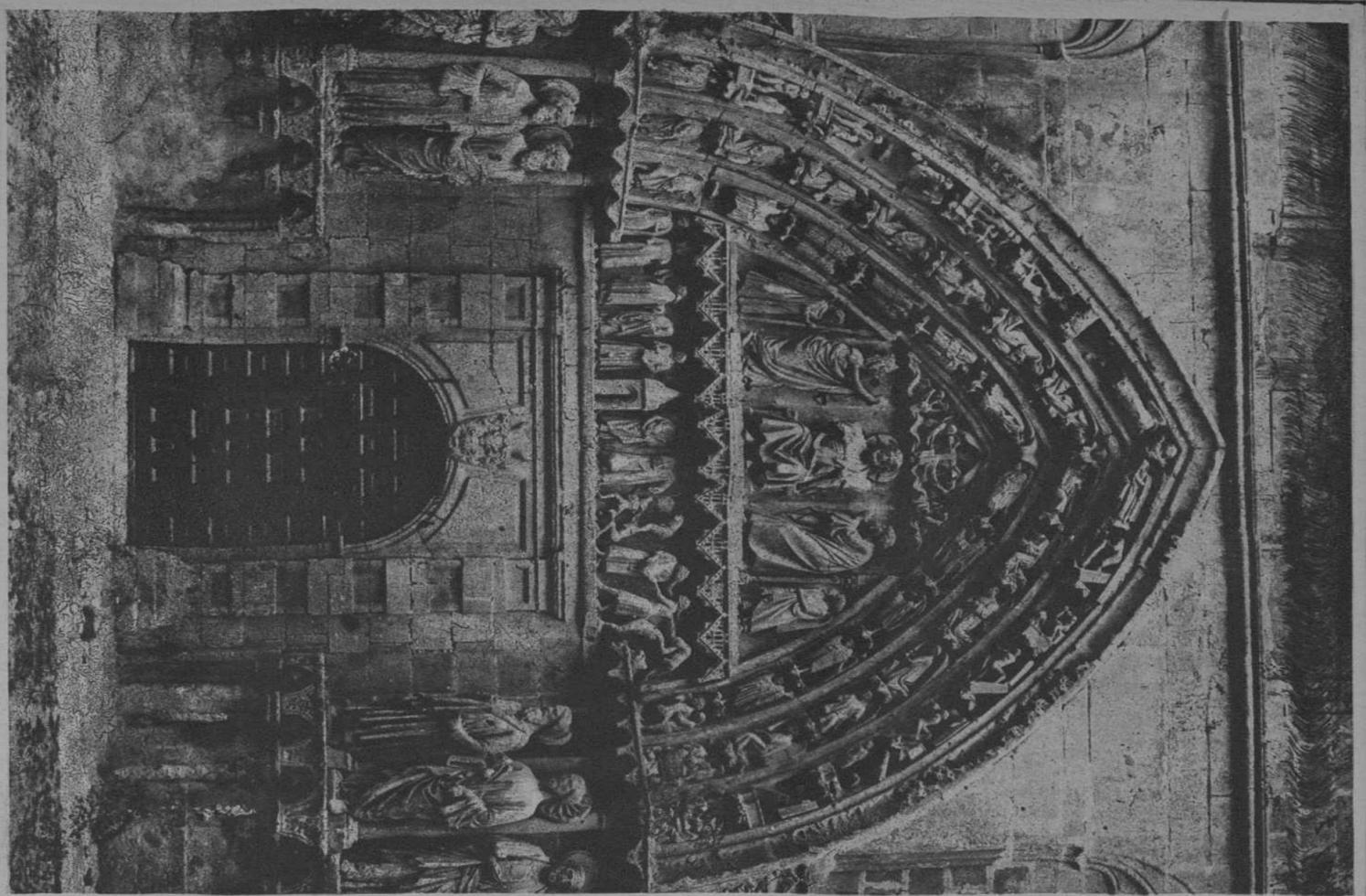
Interior de uno de los galineros. (Fots. Vainne)

*Las maravillas
de la
Catedral de Burgos*

Vista de la Catedral



Exterior de la Capilla del Condestable.



Puerta de la Coronera



SALPICADURAS

Pepito, niño de dos años, pregunta a un amigo de su papá:
 —¿Po qué no ténes cauto?»
 El señor le contesta que no tiene dinero para comprarlo. Entonces Pepito, se pone serio, mete la mano en el bolsillo, saca diez céntimos, y dándose los, dice:
 —Pa que lo compes.

Una nena chiquitina se sube a una mesa y cae de cabeza, por lo que está llorando.
 —¿Qué te ha pasado, nena?
 —Que me he caído, primero la cabeza y después toda.

Agustinito (dos años y medio) está muy orgulloso de ser hombre. Un día su mamá, en un arrebato de cariño, le dice:
 —¡Eres canela!
 A lo que él contestó:
 —Canela, no: ¡Canelo!

—¡Ves, Luisito, cómo ese perro snbio conoce todos los números? ¿No te da vergüenza?

—Sí, papá, pero hazle al perro una pregunta de geografía. Verás como no te contesta.

Pituso está jugando a la pelota; pero tiene la mala suerte de que la tire en dirección al espejo, el cual cae al suelo hecho pedruzcos. Al ruido acude la mamá, y al enterarse de lo ocurrido, me coge a Pituso y le



—Eres un perezoso. Todo lo haces más tarde que los demás.
 —Todo, no señor. Me canso antes que nadie.

Las rivalidades

Cercaba el gallinero de mi abuela un foso y contrafoso cual si fuera una fuerte ciudadela; y la zorra, la ardilla y las mustela, a no abrir las gallinas, no podían tratarlas de vecinas.

Tomando su rapé la pobre anciana, bajaba por los huecos al oír cacarear por la mañana, y de sus haldas les sacaba ufana el rico grano; y grave al cercarla contaba ave por ave.

Bejó un día, por cierto muy temprano, en su brazo la cesta y dentro él devantó el rico grano; llámolas, tiró el trigo, pero en vano... La pobre no halló, en suma, sino un pollito enfermo, sangre y pluma.

«¡Ah!—la dijo el pollito—¿a qué mal hora pusiste aquí tres gallos, que tres reyes quisieron ser, señora? Esta noche rifieron a deshora y en su fiera reyerta, para echarse a la calle abren la puerta; óyense sólo voces de socorro, y pío y cacareo,

y al ver franca la puerta, llega un zorro, y acá voy, allá vengo y allá corro, se ensaña el caballero y deja sin gallina el gallinero».

Dió la vieja un suspiro, con sus haldas secándose los ojos, verdés como si fueran esmeraldas, y dijo al fin, volviendo las espaldas: «La discordia aprovecha para quien los descuidos cauto a-recha».

EL BARON DE ANDILLA



La confraternidad del combate

por Geoffrey Williams

ILUSTRACIONES DE BOSCH

él no había hecho sino fracasar toda su vida. Cada proyecto nuevo, iniciado con esperanza y llevado a cabo con energía, fracasaba al fin por estas o aquellas razones. Africa, a veces, trata así a hombres que en realidad no lo merecen. Juan había trabajado en caucho, en copra, en algodón. Había especulado en tierras y negociado en artículos alimenticios. Todo lo había intentado, y siempre con el mismo resultado. Una pequeña expectativa de triunfo, y después el desastre.

Tres meses antes había resuelto vencer o morir en su aventura comercial en Rulu. Había puesto en ella sus últimos centavos, y había fracasado, no por culpa suya, ¿más de quién? Todo había dependido del permiso de Dindi, el jefe principal, para comerciar en Rulu, y Dindi lo había negado peyorativamente. Parece que tenía quejas contra algunos blancos, y sus palabras fueron categóricas: ningún blanco comerciará en Rulu. Además, dijo a Juan tres días para que cruzase la frontera. Después de esa comminación, Dindi sonrió y empezó a jugar con su lanza: era bastante.

El Gobierno era débil y estaba lejos, y Dindi era hombre de cumplir su palabra. Juan lo comprendió con sólo verlo: un hombre grande, fuerte, de grandes ojos negros y abultados labios; todas sus amenazas significaban hechos.

Juan debía, pues, regresar a la costa, sin más fortuna que algunas cargas de mercaderías invendibles. ¿Y después? Después, escribiría a la muchacha de Inglaterra una carta para decirle que había confiado en un hombre sin suerte y que no debía esperar más. Juan miró fijamente a la noche y se sorprendió de estar aún con vida.

De pronto, allá, en el bosque, empezó a levantarse un rumor como quejido de niño; poco después unas como sombras empezaron a moverse sobre el alto césped. Juan se puso de pie sin premura y se dispuso a entrar en su tienda. No lo hizo porque el rumor se convirtió de repente en una gritería infernal, como si millares de diablos se hubieran escapado del infierno. Preparó su fusil y se dispuso a lo que ocurriese. Los negros que llevaba para el transporte de sus mercaderías despertaron asustados y lo rodearon todo temblorosos. —¡Baraku, Baraku!—decían mientras avanzaban hacia la entrada del cerco, precitados por Juan, que tenía se dieran a la fuga.— Juan cubrió la entrada con su cuerpo y gritó:
 —¡Aíto! ¡Aí! primero que se mueva lo malo!

Los negros vacilaron. Uno de ellos avanzó un paso, miró atentamente el fusil de Juan y dio vuelta atrás. Era bastante. La autoridad del hombre blanco había vencido. Así ocurre de ordinario cuando el blanco procede con rapidez. Juan llamó al capitán de sus cargadores.
 —¿Qué es esto, Mali? ¿Qué es eso de Baraku?

—Son los enemigos de Dindi—contestó Mali tranquilamente—. Era un negro grande, bien plantado, de distinta tribu que los cargadores. Tenía valor y dignidad naturales.

—¿Quieres decir que han atacado la aldea de allá abajo?

—Sí. Muchos odian a Dindi, que es tan cruel como fuerte; pero los Barakus más que todos. Pelean bien y proceden de las colinas que hay más allá de las tierras en



La cabra ha perdido a su cabrito. ¿Dónde está?

que gobiernan los blancos. Pronto vencerán a Dindi y después vendrán aquí. Es tiempo de huir.

Juan miró su flecha, vacilante. ¿Se iría? Odiaba a Dindi, que había arrojado sus plumas, y no tendría ninguna pena si ese orgulloso jefe era vencido. ¿Qué se lo coman los perros! pensó. ¿Qué podría hacer como él un león?

Pero continuaba dudoso, mientras el rumor del bosque se acercaba y se alejaba, según la batalla cambiaba de sitio. De pronto, hubo una pausa, seguida de agudos gritos de mujer. Juan se estremeció, comprendiendo que esos gritos eran pidiendo auxilio. La vida ya no le importaba nada; si moría por obra de la lanza de un Baruku, ¿qué más daba? Por lo menos no escribiría la carta a su novia y Elena nunca sabría que había fracasado tan completamente.

—¡Mali—dijo—. Tengo que ayudar a Dindi. ¿Vienes conmigo? Los ojos del negro brillaron en la obscuridad.

—Si, voy, y los míos conmigo. Vale más pelear que manejar cobardes por la paga. —Vamos entonces, pronto, o será demasiado tarde—agregó Juan.

Mali se alejó para buscar a los hombres de su tribu, y Juan se volvió al grupo de cargadores.

—Voy a matar a los Barukus—les dijo—. Ustedes esperarán aquí hasta que vuelva. Los cargadores empezaron a murmurar; pero se hizo el que nada oía y continuó:

—El blanco siempre gana. Ustedes están bajo mi sombra y no deben tener miedo; no hagan caso si alguien viene a contarles mentiras para asustarlos. Nadie debe salir del campamento, ¿estamos? Un espíritu del bosque queda aquí vigilando.

Los cargadores callaron y Juan se adelantó a recibir a Mali, que venía en compañía de seis fuertes negros de su propia tribu. Cada uno tenía una lanza, y todos parecían satisfechos con la idea de que iban a pelear.

II

La batalla en el bosque, cerca del río, continuaba, y el humo de las chozas incendiadas subía al cielo en espesas columnas. No había tiempo que perder. Juan abrió la marcha y se internó en el bosque, seguido de los seis valientes negros. Cuando llegaron al claro del bosque en donde estaba la aldea de Dindi, las llamas del incendio iluminaban el lugar como si fuese de día. Los grandes árboles empezaban a arder ya, y por entre ellos grupos de hombres peleaban furiosamente, distinguiéndose los Barukus por las plumas de águila que llevaban en la cabeza. Muchos cueros de negros yacían sobre el césped, en extrañas actitudes; reluctante su negra piel al resplandor de las llamas. Aquí y allá alguna mujer huía al bosque, en busca de refugio, solamente para encontrar la punta de la lanza de un Baruku, que hería sin piedad.

Juan Vigors se sintió animado por una ira repentina y sintió sed de sangre. Todo lo olvidó; olvidó su rabia con Dindi por las palabras de menosprecio con que lo había

amenazado. No deseaba sino la destrucción de la banda de salvajes oscuros, que habían llevado la muerte y el incendio a esa aldea que vivía pacífica a orillas del río.

Un niño que huía de una choza incendiada cayó a sus pies, persiguido por dos fieros salvajes. Juan hizo fuego dos veces, y los dos negros cayeron. Desde ese instante, Juan lo vio todo rojo.

En los primeros momentos había pensado ser prudente, tomar una buena posición e inspirar terror a los asaltantes mediante el uso adecuado e inteligente de su fusil; pero esas intenciones se desvanecieron rápidamente, ya sólo deseaba matar y volver a matar. Avanzó hacia el más compacto grupo de combatientes, blandiendo el fusil, que tomó por el cañón, y se metió en la pelea como un ciclón. Era muy corpulento y forzado y a cada golpe un enemigo caía por tierra. Las lanzas de los fieles compañeros de Mali le secundaban notablemente.

En pocos minutos más de veinte Barukus yacían en tierra, más o menos gravemente.



B o y e n

mente heridos y regando el césped con su sangre. Sin darse tiempo para respirar, Juan avanzó al centro del claro del bosque, en donde se seguía pelando fieramente en torno de las ruinas humeantes de la choza del propio Dindi. En ese mismo sitio, Dindi había comunicado a Juan sus resoluciones que arruinaban sus esperanzas; allí mismo, el cruel jefe se había reído de él y había jugado con su lanza, mientras hablaba de su odio a los blancos y le amenazaba de muerte. Ahora, una muerte inmediata y sangrienta amenazaba a Dindi mismo, y Juan acudía a socorrerle. Era una curiosa vuelta de la rueda de la fortuna.

Juan, mientras se acercaba, veía la alta figura de Dindi en medio de la pelea, rodeado por los pocos partidarios que le quedaban. Detrás de Dindi, las llamas y el río, y al frente, los salvajes Barukus, superiores en número a la proporción de tres a uno; pero Dindi era un hombre valiente,

cualesquiera que fuesen sus faltas. No cedía terreno sino después de haberlo pagado caro al enemigo, en sangre y muerte.

—¡No afloje!—le gritó Juan—, y lanzando un verdadero alfiler, se metió en el grupo de enconados combatientes.

Al ver a ese hombre blanco, furioso, de ojos encendidos, y que manejaba un arma extraña que rompía los huesos y convertía en pulpa las carnes, los Barukus retrocedieron. En un instante Juan se encontró junto a su enemigo de antes peleando a su lado contra los Barukus, que no opusieron ya sino débil resistencia. Luego, gritando: ¡Barujol! ¡Barujol!, huyeron y se internaron en el bosque. A los pocos minutos, difundido el pánico, no quedaba un solo Baruku peleando.

Dindi reunió a sus hombres y persiguió a sus enemigos durante algún tiempo. Baruku que caía en sus manos, moría...

Como le había venido, la locura de muerte y sangre se le fue a Juan. Se sintió tan cansado como nunca lo había estado en su vida. Se apoyó en su fusil y miró en torno suyo. Serenado completamente, se dio cuenta de que tenía unas cuantas heridas de las cuales manaba la sangre en abundancia; pero comprendió también que sus heridas no eran graves. Cuando Dindi regresó, Juan le tendió la mano, le dijo algunas palabras y, no pudiendo ya sostenerse de pie, cayó desmayado.

III

Al volver en sí se encontró acostado en una gran cama indígena, en una choza. Por la puerta abierta vio el río cuyas aguas corrían placidamente, iluminadas por el sol. No se dio cuenta de donde estaba, al principio; pero pronto empezó a recordar los sucesos de la noche anterior y dió un suspiro.

—¡Qué lastima que no me hayan muerto!—murmuró—. Ya estaría tranquilo.

Era un gran honor que Mali hiciera las veces de sirviente y le llevara el alimento con sus propias manos. Después de comer, Juan se sintió mejor. Tenía vendajes en varias partes del cuerpo, pero no parecía que hubiese peligrado alguno serio. Con su no cuidado trató de levantarse, y a los pocos instantes estaba de pie a la puerta de la choza, contemplando el paisaje. A cada minuto que pasaba se sentía más fuerte.

Lo que veía no era sino desolación, pues apenas quedaba una que otra choza que no hubiesen devorado las llamas. La que él día antes era una aldea próspera y feliz, estaba convertida en un montón de ruinas humeantes. Algunos negros recogían los cadáveres. Al lado de los escombros de su choza real, estaba Dindi, alto y sombrío, la lanza en la mano contemplando el triste espectáculo.

Juan lo miró atentamente, pensando en si tendría el sentido de la gratitud, en si ahora haría al hombre que, a pesar de sus insultos y amenazas, había acudido en su auxilio, la concesión que antes le había negado despreciosamente. ¿Sería eso posible? Posible sí; pero no seguro.

PAGINAS INFANTILES

HISTORIA NATURAL EL MEDO ES CONTAGIOSO

EL RATON

Lo que podríamos llamar el ejército de los momontos, lo forman las ratas y ratones, estos perjudiciales roedores, de orejas grandes y desnudas, larga cola, peluda y escamosa.

Estos animales constituyen verdaderas plagas de carácter endémico, no sólo en los campos, sino de las ciudades, destruyendo y devorando cuanto encuentran a su alcance.

Contra la opinión de muchas personas, la mayor parte de estos molestos roedores, están lejos de ser feos y desagradables. Nuestro ratón de monte, por ejemplo, con su pelaje leonado por encima y blanco como la nieve por debajo, es realmente gracioso.

En Africa se encuentran especies todavía más lindas con pelaje listado, como el cratón moruno, y el cratón rayado.

El vulgo suele confundir el ratón casero y el ratón de monte, aun cuando son bien distintos en su forma, tamaño y coloración. En cambio, ambas especies son muy fecundas; el ratón de campo, cuando tiene comida abundante, se propaga tan rápidamente que da lugar a una verdadera plaga o invasión.

La especie casera, es, evidentemente, la más perjudicial, pues no sólo saquea los graneros, sino que devora todo lo que es y no es comestible, como la madera, el cuero, la tela y el papel.

Difficil es saber el origen de este roedor casero, pues ha seguido al hombre en sus emigraciones y se halla distribuido por todo el mundo, pero con la particularidad de que cada país tiene sus ratones propios.

Una de las especies más curiosas es el cratón espinoso, de Pelipeto. En cuanto a la rata, concócese dos especies: la «comuna» y la de «campo». La primera, designada propiamente por algunos escritores con el nombre de «tutor», es de origen exótico. Viajera incansable, sigue a los ejércitos en sus campañas, se instala en las calas de

Vivian juntos, como buenos amigos, un hipopótamo y un rinoceronte. Este, inabarcable por la dureza de su piel, hacía frente a todos los peligros, hasta a las balas de los cazadores.

Los dos animales eran tan amigos que siempre andaban juntos; pero muchas veces el rinoceronte se veía obligado a retroceder en sus viajes a causa de un accidente.



en el camino con su terrible enemigo, el cocodrilo. Esto entriscaba sumamente al hipopótamo, quien tenía que privarse, en numerosas ocasiones, de la compañía de su amigo.

Así pasaban los días y el corpulento animal cada vez sentía más miedo, llegando a tal extremo su temor que, en cuanto veía aparecer a su enemigo, echaba a correr para ponerse a salvo.

Y tanto hizo y tanto ponderó sus temores, que el hipopótamo llegó a contagiarse de aquel estado de ánimo. Ya procuraba evitar el paso por los ríos en cuyas orillas se veía algún cocodrilo; ya no se atrevía a pisar fuerte cuando transitaban por los lugares donde habitaban los terribles saurios y hubo un momento en que no sabría

los barcos y emigra de unos sitios a otros en cuanto se cree en peligro o le falta el alimento.

Hacia los comienzos del siglo pasado, península en España este mal bicho, invadiendo la Península en pos de los ejércitos de Napoleón.

Las ratas se propagan con una rapidez asombrosa.

Por más que parezca increíble, entre las ratas existe el canibalismo, ya que muchas de ellas, cuando jóvenes, son devoradas por sus compañeras más viejas.

Acostumbrados estos animales a comerlo todo, causan daños incalculables en huertas, graneros, corrales y almacenes, y por si esto no fuese bastante, son portadoras de los gérmenes de numerosas enfermedades y de innumerables parásitos infecciosos, siendo la rata la propagadora de la «triquinosis», que el cerdo contrae al devorarlo a estos roedores.

En cuanto a la rata de campo, menos repulsiva que la casera, es hoy un roedor de costumbres puramente campesinas. Más ágil, aunque menos fuerte que la invasora, vive y anda en los árboles o en otros sitios altos, como los palomares y los tejados de las alquerías.

La fauna africana y la del Nuevo Mundo cuenta con infinidad de roedores muy variados a los ratones y ratas, como el «topillo», el «Muscardino», el «cratón rayado», la «rata-topo», la «dubidiana» y el «chilón gris», que causan también grandes destrozos con su insaciable voracidad.

E. S. N.

decirse cuál de los dos tenía más miedo, si el rinoceronte o el hipopótamo.

Un día se encontraron con un cocodrilo de manos a boca en un lugar donde hubiera sido difícil la huida. El rinoceronte trató de escapar lo mejor que pudo; pero el hipopótamo no tuvo más remedio que quedarse. Y fué tan grande el terror que experimentó

mentó que las piernas le flaquearon y cayó encima del cocodrilo, aplastándolo con su mole.

—¿No le decía yo—dijo después echándose de valiente a su compañero—que vencer al cocodrilo era la cosa más fácil del mundo? Pero nunca le confesé que, de no haber sido por el miedo, jamás habría obtenido aquella victoria.



—¿Sabes extraer raíces? —Yo, no; pero mi papá sí. Es dentista.



—¿Para extirpar los ratones, me trae una escopeta? —¡Ya verá usted en cuanto vean los gatillos!

PAGINAS LITERARIAS

Hay que saber lo que se pide a los milagros del Santo

Hay que saber lo que se pide a los milagros del Santo. Los años consecutivos de milagros cosechados...

Y como en el misterio plúebicillo de Vallerojo de Abajo, vivían todos sus vecinos de lo que la tierra les quería dar...

Luchaban aquellas po... gentes contra los propios elementos, y era, en verdad, por demás desigual, ya que él remediado a sus males...

De acuerdo quedaron el señor cura el alcalde y los vecinos, en dedicar a un Santo Patrón, San Roque, una fiesta solemne...

Todo salió a pedir de boca. Se celebró la fiesta, a la que acudió, lleno de unción, el vecindario entero...

Después de esto, quiso dejarse en el templo que ve de lejos, quiso dejarse en el templo que ve de lejos, quiso dejarse en el templo...

El natural desasosiego del señor cura, decidió a éste para comenzar el soñito una siguiente:

«Relación de los requisitos que el señor cura pedirá a nuestro amigo San Roque, para que no deje a todos satisfechos...

Todos cumplí con el deber, y el año. Los labradores, haciendo las precisas indicaciones respecto al tiempo que estimaban necesario...

Así llegó a los días de la recolección, que habrán de ser de felicidad completa para los vecinos de Vallerojo de Abajo...

«Llegó el preciso momento en que se dio principio y, caso insidito, los primeros trigos que se segaron no tenían un solo grano en sus espigas...

«El pueblo en masa, con el cura y el alcalde a la cabeza, se dirigió a la iglesia, y una vez ante el altar del Santo, con gritos, ayos y lamentos...

«Pero de eso yo no tengo la culpa, mis queridos hijos. Vosotros me habéis pedido de todo menos grano y todo lo que me pedistis os di...

«Queremos mi señor don San Roque—dijo el alcalde adelantándose a todos— que nos hace falta: ¡grano! Sin grano de qué nos sirve la hermosura de nuestros campos...

«Pero de eso yo no tengo la culpa, mis queridos hijos. Vosotros me habéis pedido de todo menos grano y todo lo que me pedistis os di...

«Queremos mi señor don San Roque—dijo el alcalde adelantándose a todos— que nos hace falta: ¡grano! Sin grano de qué nos sirve la hermosura de nuestros campos...

«Pero de eso yo no tengo la culpa, mis queridos hijos. Vosotros me habéis pedido de todo menos grano y todo lo que me pedistis os di...

PAGINAS LITERARIAS

Hay que saber lo que se pide a los milagros del Santo

Hay que saber lo que se pide a los milagros del Santo. Los años consecutivos de milagros cosechados...

Y como en el misterio plúebicillo de Vallerojo de Abajo, vivían todos sus vecinos de lo que la tierra les quería dar...

Luchaban aquellas po... gentes contra los propios elementos, y era, en verdad, por demás desigual, ya que él remediado a sus males...

De acuerdo quedaron el señor cura el alcalde y los vecinos, en dedicar a un Santo Patrón, San Roque, una fiesta solemne...

Todo salió a pedir de boca. Se celebró la fiesta, a la que acudió, lleno de unción, el vecindario entero...

Después de esto, quiso dejarse en el templo que ve de lejos, quiso dejarse en el templo que ve de lejos, quiso dejarse en el templo...

«Queremos mi señor don San Roque—dijo el alcalde adelantándose a todos— que nos hace falta: ¡grano! Sin grano de qué nos sirve la hermosura de nuestros campos...

«Pero de eso yo no tengo la culpa, mis queridos hijos. Vosotros me habéis pedido de todo menos grano y todo lo que me pedistis os di...

«Queremos mi señor don San Roque—dijo el alcalde adelantándose a todos— que nos hace falta: ¡grano! Sin grano de qué nos sirve la hermosura de nuestros campos...

«Pero de eso yo no tengo la culpa, mis queridos hijos. Vosotros me habéis pedido de todo menos grano y todo lo que me pedistis os di...

extraordinariamente pesado, cuarenta kilos o más. Después sacó su cuchillo y lo hundió en el bloque. El cuchillo penetró suave...

—¡Oro!—exclamó, en inglés— esta vez, pues hasta entonces no había empleado sino el idioma wahili, de los negros de la región...

—Ése es mi obsequio, hermano—repitió Dindi. —¡Algunos miles de libras esterlinas!— pensaba Juan.

—El padre de mi padre—continuó diciéndolo Dindi—lo trajo, no importará de dónde. No me lo preguntes. El hombre blanco de quien te he hablado, lo comprará, o lo robará, si pudiera. Pero, yo no se lo venderé y se lo doy a un hermano. Tómalo y sé feliz en tu país, más allá del mar.

Juan luchaba consigo mismo: ¿Tenía derecho para aceptar semejante obsequio? Para él significaba todo: Elena, tranquilidad, el fin de todas sus angustias; pero seguramente Dindi no sabía su verdadero valor. Y Dindi le llamaba hermano...

—Cuando todo está listo, te mandaré llamar, hermano—dijo Dindi—. No debe haber en esto mucha tardanza, por razones que ya te diré. Entre tanto, anda a dormir. Necesitas reposarte porque está roto de pies salir para Rulu. Si no puedes andar, más hombres te llevarán.

Juan se dirigió lentamente a la choza, mientras Dindi se paseaba majestuosamente cerca del montón de escombros que sus hombres removían. Juan comió algo que le habían dejado en la choza, e inmediatamente cayó en un sueño profundo, del cual no despertó hasta bien entrada la tarde.

A poco llegó Mali a informarle que Dindi decía que todo estaba ya listo. Juan, que se sentía mucho mejor, salió en busca de Dindi, que le esperaba al lado de un gran agujero abierto en el sitio en que había estado el montón de escombros.

Al borde del agujero había seis grandes bloques que parecían de piedra, pero cubiertos de barro y tierra.

—Éste es el obsequio que te hago, hermano—dijo Dindi tranquilamente—. Los blancos lo aprecian mucho. Ojalá te de la felicidad.

Juan lo miró sorprendido. ¿Para qué quería esas piedras. Pero luego se resignó a aceptarlo todo, sin murmurar. Se agachó y quiso levantar uno de los bloques: era hacia Inglaterra.



Juan no entendió. ¿Estaba Dindi burlándose de él? No parecía probable y sin embargo... Pero parecía no darse cuenta de nada. Dindi llamó a sus hombres y les ordenó que renoviesen los escombros, tarea que requería algún tiempo y mucho trabajo.

—Cuando todo está listo, te mandaré llamar, hermano—dijo Dindi—. No debe haber en esto mucha tardanza, por razones que ya te diré. Entre tanto, anda a dormir. Necesitas reposarte porque está roto de pies salir para Rulu. Si no puedes andar, más hombres te llevarán.

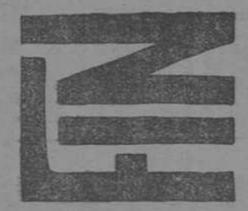
Juan se dirigió lentamente a la choza, mientras Dindi se paseaba majestuosamente cerca del montón de escombros que sus hombres removían. Juan comió algo que le habían dejado en la choza, e inmediatamente cayó en un sueño profundo, del cual no despertó hasta bien entrada la tarde.

A poco llegó Mali a informarle que Dindi decía que todo estaba ya listo. Juan, que se sentía mucho mejor, salió en busca de Dindi, que le esperaba al lado de un gran agujero abierto en el sitio en que había estado el montón de escombros.

Al borde del agujero había seis grandes bloques que parecían de piedra, pero cubiertos de barro y tierra.

—Éste es el obsequio que te hago, hermano—dijo Dindi tranquilamente—. Los blancos lo aprecian mucho. Ojalá te de la felicidad.

Juan lo miró sorprendido. ¿Para qué quería esas piedras. Pero luego se resignó a aceptarlo todo, sin murmurar. Se agachó y quiso levantar uno de los bloques: era hacia Inglaterra.



DE LA DISCRECION

Escultura

Ochocensista

Quando el eminente patrio Rius y Tauler, llevó a cabo las magnas empresas de la construcción del Parque de la Ciudadela, del monumento a Colón y la organización de la Exposición Universal de 1888, quiso ser secundado por los mejores escultores de su tiempo.

En la construcción del Parque hizo figurar a los hermanos Vallmitjana con las principales esculturas de las dos entradas principales, siendo ellas solas, bastante para labrar la reputación de un artista, así como también, con el hermoso grupo de la estatua de Venus, y dos mázadas en un carro tirado por caballos marinos, en la cascada.

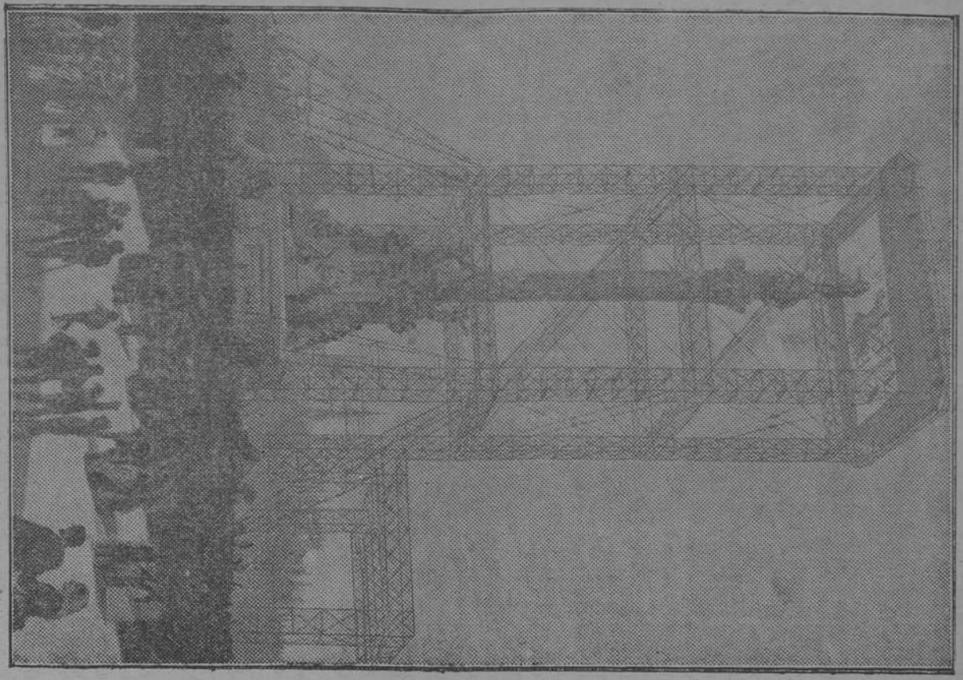
Al escultor Nobas, le encomendó aquella atrosa cándida de Apolo, junto con los accesorios que rematan aquella construcción, y además, los famosos grifos, haciéndole intervenir en el monumento a Colón con las magníficas «Famas» que rodean la base de la columna y que dan tan atrosa silueta al conjunto, y además hizo las carebas y gaviotas que figuran debajo las carebas esculturales, encomendándole, asimismo, la tan popular estatua de Casanova, para formar parte de las que figuran al lado del Arco de Triunfo.

A Atoche le encomendó la estatua del gran navegante y la que personifica León. El grupo de Ferrer de Bienes, a Pagés y Serratos, lo mismo que el bajo relieve del frontón de la cascada del Parque. El grupo del capitán Margarit en el monumento, lo encargó a Alefort, autor también de las magníficas estatuas de Félix de Azara y Jaime Salvador en el Museo Martorell, que pusieron a su autor en primera fila.

Fuxá, el equilibrado Fuxá, más tarde especialista en escultura oficial, empieza a figurar en el monumento a Colón, con la estatua de Padre Bolv y también con un grupo de niños y las estatuas de Leda y Neptuno en la cascada.

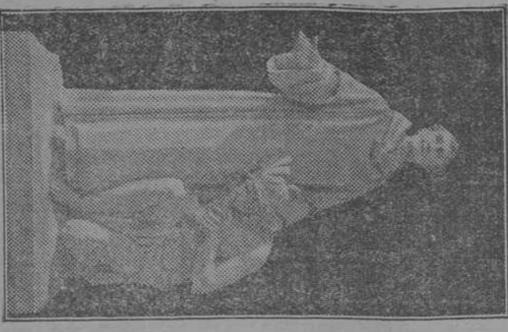
La estatua personificando a Catalina del monumento citado anteriormente, y las «Alegrías» que decoran las torres del Arco de Triunfo, las encomendó a Carbonell, A Gamot la que personifica Aragón en el monumento y Amfitrite en la cascada.

Llmona y Pastor, hicieron los relieves del monumento a Colón, tan ferocemente mutilados al poco tiempo, que hubieron de retirarse, siéndole al último, encargado también, todo el resto ornamental, y a Vallmitjana Abarca, los leones que figuran en la base del mismo.



BARCELONA: Inauguración del monumento a Colón (dibujo de J. Serra/Pausas).

Contemplando el conjunto de tan magna obra escultórica, nos pasma hoy a nosotros que vivimos en una época en que tan difícil hace improvisar un conjunto escultórico discreto, y examinando en detalle cada una de estas obras, las vemos exentas de exceso, sin tener la obsesión del desnudo, que parece dominar a nuestros actuales escultores, y usando de él, con libertad y



El padre Bolv (Escultura de Fuxa)

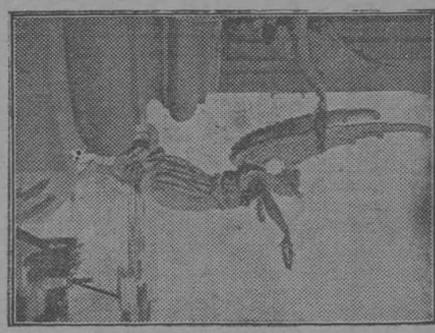


León (Escultura de Atoché)

gran maestría, como lo efectúan Vallmitjana y Nobas cuando viene a tiempo. Nadie ha tenido que decir con los famosos de Nobas, la «Venus» de Vallmitjana, el «Descenso» de Llmona, etc.; pero es que éstas, tienen su explicación, no son por que así, y además en la obra de estos señores, se usa el desnudo, no como un fin sino como uno de tantos medios que tienen de expresión, al revés de la mayoría de la actual escultura en que parece ser este el único medio de plasmación.

Si a esto les añadimos, a nuestros escultores ochocentistas, su humildad discreta, que les adapta a un conjunto de tal manera, que sin ocultar su personalidad, no desentonan, sin recurrir a la superficial imitación de lo helénico, sino echando mano siempre de la suprema discreción en la exteriorización de lo que da la realidad, nunca en la ostentación de recetas plásticas, por muy helénicas que éstas sean.

No es que rechace el estudio del clasicismo, sino al revés, que precisamente basado en este reclamo la base de lo real, por



Famas (Escultura de D. Rosendo Nobas)

EL CONDE ZEPPELIN

Unos quince periodistas de Viena y yo, como único representante de la Prensa extranjera, recibimos del Gobierno austriaco la invitación de ir a Bregenz, a orillas del lago Bodan (Bodensee), para presenciar la inauguración y el bautismo de un nuevo buque a vapor.

El viaje es un poco largo: quince horas de tren. Además, su objeto es poco interesante: según las noticias de la Prensa, el buque en cuestión nada tiene de extraordinario y de ningún modo puede ser considerado como una maravilla desde el punto de vista técnico.

Pero lo que me atrae es el lago, que es el más largo de Europa y ocupa una posición geográfica internacional, entre Austria, Suiza y Alemania, y sobre todo, el famoso Friedrichshafen donde acuden miles y miles de viajeros de todos los rincones del mundo para ver al célebre dirigible «Conde Zeppelin», que está a punto de efectuar su primer vuelo.

La tentación era demasiado fuerte y acepté la invitación. En un coche del ferrocarril de primera clase, en compañía del señor ministro del Comercio y de numerosos «Kais» (consejeros), llegamos a Bregenz, el único puerto austríaco. Allí somos acogidos por otros «Kais». Se oye a continuu «Herr Ministerialrat», «Herr Regierungsrat», «Herr Hofrat», «Herr Geheimrat», «Herr Baunrat», etcétera, etc. Tan sólo nosotros, pobres periodistas, no ostentamos título alguno, lo que no impide para que seamos acogidos con todos los honores, festejados y glorificados como representantes de la gran potencia llamada Prensa. Hasta no pocos señores con títulos pomposos se eclipsaron ante otros como la lana ante el sol. Iso si que es tomarse un desquitil.

No vale la pena entrar en pormenores acerca de la ceremonia del bautismo. Todo se efectuó como en tantas otras solemnidades de este género bajo todas las latitudes: un banquete con champán en el salón del buque en marcha, discursos, brindis, etcétera.

Después de haber cumplido concienzudamente mi deber, o sea después de haber bautizado, con el nombre «Austria», al recién nacido de la «Martha» austríaca (entre paréntesis: un magnífico buque que hace veintiseis kilómetros por hora y en el cual caben más de setecientos viajeros), me he trasladado a otro vapor, ya viejo y de na-

cionalidad alemana, con el nombre muy alemán «Bavaria»; y me fui en la dirección de Friedrichshafen. El buque estaba repleto de viajeros, en su enorme mayoría turistas alemanes, suizos y austríacos. Había también numerosos cortistas de vuelta de Viena, donde acaba de celebrarse la grandiosa fiesta internacional de la canción schubertiana, con excepciones casi todas se divertían también a Friedrichshafen, que es hoy en día objeto de peregrinación moderna.

A mi gran satisfacción el lago estaba botrosco, igual que un mar sacudido por la tempestad. Además, el «Bodensee» tiene mucha semejanza con el mar. Unos sesenta kilómetros de largo y de diez a doce en la anchura. De momento, las orillas desaparecen por completo. Tan sólo en el horizonte se elevan montañas del grupo de los Alpes del Norte, coronadas de nieve. El agua es mucho más azul que en el Mediterráneo, por ejemplo. Todo el lago Bodan (también llamado Lago de Constanza) parece una gigantesca esmeralda en un cuadro alpinopictórico. E igual que en un verdadero mar abundan aquí gaviotas que a continuo siguen al buque, llenando el aire con gritos de alegría.

El temporal duró más de una hora. El lago entero estaba cubierto de espuma. Enormes olas obligaron a los viajeros a huir al interior del buque, que se transformó en un juguete de la tempestad. Algunas mujeres lanzaban gritos de espanto. Hasta hubo víctimas del mareo. Tan sólo las gaviotas seguían volando cerca del buque y lanzando gritos de alegría, como burlescos de la cobardía de los creyes de la Naturaleza.

Después de una hora y media de viaje llegamos a Friedrichshafen. Estábamos en el territorio alemán, pero la cuestión de los pasaportes, poco menos que no existe. Nadie se interesa de qué nacionalidad es uno. En Friedrichshafen nada quieren saber de la policía: su único afán consiste en atraer lo más posible a los extranjeros y ganar mucho dinero.

A pesar de que no es domingo, la ciudad parecía de fiesta. Los buques y los trenes arrojan sin cesar nuevas multitudes. Centenares de automóviles circulan entre el puerto y el aeródromo que se halla fuera de la ciudad, a unos dos kilómetros del centro. Hay enormes automóviles comunes que corren unos treinta o cincuenta centímetros por el traslado hacia el aeródromo.

ser precisamente el estudio del natural, lo que hizo evolucionar al arte griego, desde un inicio con influencias asiáticas hasta devenir esencialmente personal. Siempre que después de una escuela ostentada surge un genio, éste se apoya en la realidad e interpretándola, le da el sello personal, y, por consiguiente, de su raza, y entonces aparece como la conciencia de su generación quien, ve ante ella lo que es el distintivo de su alma, encontrando otra vez el camino perdido, sobre todo si sabe estudiar el proceso de dicha personalidad, en lo que tiene de evolutiva, no en lo que hay de acumulación exagerada, de indignación pasional, contra el quietismo suicida de su tiempo.

Hay que incorporarse siempre, no lo que es personal o anecdótico del individuo, sino lo que es propio de toda la raza, lo que puede facilitar la solución de problemas comunes a uno mismo, y a seres similares a nuestro temperamento, para poder desenvolver nuestra personalidad con mayor libertad y menos impedimentos. JOAQUIN BAS GICH

En fin, he aquí el enorme campo de aviación que pertenece a los sucesores del difundo conde Zeppelin y a la nueva sociedad, cuyo director es el conocido aviador-constructivo, doctor Eckner, célebre por su primer vuelo de Europa a Nueva York, efectuado en 1924 en uno de sus «Zeppelins».

El aeródromo está literalmente situado por miles de gentes. Los cajeros apenas tienen tiempo para distribuir los billetes (50 peniques por persona). Es uno de los negocios más ventajosos: el «Conde Zeppelin» ha ganado ya un dineral antes de entrar en acción. En algunos días, el número de visitantes llega a unos veinte mil.

Entramos en el mismo santuario. Un gigantesco hangar que tiene unos trescientos metros de largo, sirve de estuche a un «Zeppelin» de 237 metros. Este «Zeppelin», la inscripción «Z. Z. 127». Es el último «Zeppelin» construido en los talleres de Friedrichshafen, y el más perfecto. Su predecesor, el «Z. Z. 126», tuvo tan sólo unos 146 metros de largo.

La impresión que produce la nueva máquina volante, es grandiosa. ¡Casi un cuadro de quilonetro de largo! La tripulación es de unos treinta hombres. La grúndola destinada a los viajeros, está provista de todo el confort moderno: diez camarotes con dos camas cada uno, ricamente amueblados, con luz eléctrica y radio, un salooncito, un comedor, una cocina.